

Sí, la misión del hombre es la adhesión, el sacrificio, la abnegación. Hay elegidos de Dios á los cuales da una tarea extraordinaria y la gloria que á ella va unida; ¿quiere eso decir que no estén sometidos á la ley común? Si sus facultades son más poderosas, no es para emanciparlos del deber; al contrario, sus obligaciones aumentan con su genio. No pedimos á los hombres más de lo que puede dar su imperfección. Permitámosles la ambición, la personalidad, con tal que sea la ambición de las grandes cosas, y que la personalidad no conduzca á colocar una débil criatura por encima de la humanidad. Napoleón vino en una época grande entre todas, á fines de una revolución que había inaugurado una era nueva. Su misión estaba indicada; era preciso consolidar los principios del 89 en Francia y difundirlos en Europa. ¿Es eso lo que el emperador hizo?

Nada más maravilloso que la campaña de Italia; el joven general no es tan sólo un admirable capitán, parece ser más republicano que los convencionales que se sientan en el Directorio. Pero miradlo de cerca, y veréis que desde entonces obra como amo y no se cuida más que de su ambición: "Conquista, pacífica, trata, borra á éstos del suelo, respeta á aquéllos." ¿Es el sentimiento de la libertad el que lo guía? "Pacta con el que es fuerte, como Roma en el espíritu de los pueblos; barre sin pretexto y sin piedad al que es débil, como Venecia." Bonaparte siembra las repúblicas bajo sus pasos; ¿es por amor á los principios del 89? "Tan pronto proclama, tan pronto hace traición, tan pronto vende el dogma de la Revolución francesa, según las necesidades de su popularidad personal. Aquí restablece el despotismo, allá consagra la teocracia." No es ya la filosofía, no es ya la Revolución lo que ocupa la escena: "Sólo se presenta Bonaparte; es un hombre quien se sustituye á una época. ¡Ya no hay república; es él, nada más que él, siempre él!"

Tiene el capricho el vencedor de la Italia de conquistar el Egipto; es también para engrandecerse en la opinión pública, y lo hace pisoteando todo derecho, todo decoro. Vuelve á Francia con el designio premeditado de conspirar contra la constitución que ha jurado observar, contra el gobierno que le ha entregado sus armas para defenderle. "¡Bonaparte desgarrar las leyes con sus bayonetas, se apodera de su patria! ¡Crimen inexpia-

ble! ¡La Francia era un pueblo; no es más que un hombre, y este hombre es él!"

¿Se hará perdonar el primer cónsul el crimen del general Bonaparte? Podía ponerse al frente de "la opinión republicana y progresiva que lleva el mundo adelante por la corriente de la verdad, de la libertad." Se decidió por "la opinión contrarrevolucionaria y retrógrada, que lleva las instituciones y el espíritu humano hacia atrás." La fuerza está con la contrarrevolución; la explota para fundar el menos liberal de los poderes, el gobierno militar. Él reina por fin, es emperador. "¡El país desaparece á su vez bajo un trono, y en ese trono no coloca más que á él!"

¿Qué misión se da el emperador? "Podía ser á la filosofía y á la civilización moderna lo que Carlomagno había sido al cristianismo, el iniciador y el organizador de la idea naciente. Á este precio, el mundo moral hubiera, si no excusado, á lo menos comprendido la usurpación militar. Repudia desde el primer día ese gran papel. Declara la guerra y la tiranía á todas las ideas. Maldice el pensamiento hablado ó escrito, como una rebelión del razonamiento contra el hecho. Impone el mutismo á la tribuna, la censura á los periódicos, la destrucción á los libros, el terror ó la adulación á los escritores... Se exalta en su horror de la filosofía y de la libertad hasta el ateísmo de la inteligencia humana. Niega hasta el aire á las conciencias, se liga con el Dios que no cree, rehace un tratado de imperio y de iglesia con el poder sacerdotal, profana la religión fingiendo honrarla, hace del sacerdote un instrumento de servidumbre. El emperador destruyó una á una todas las verdades proclamadas por la Asamblea constituyente: la igualdad por medio de una feudalidad nueva, las costumbres niveladas por medio de los títulos, la democracia por medio de una nobleza hereditaria. Rehace el pasado, á condición que ese pasado se llame Napoleón."

La Francia necesita una compensación por las ideas del 89, por la libertad perdida. El emperador le da el principio más personal y el más inmoral. "No queriendo ni convencer, ni ilustrar, ni mejorar, ni moralizar su patria, se dijo: yo la deslumbraré, y fascinaré el más noble y más reducible de sus instintos, la gloria ó la vanidad nacional... Ese principio de la fama le exige la conquista, la guerra, los destronamientos, las desnacio-

nalizaciones. Su reinado no es más que una campaña, su imperio un campo de batalla tan vasto como la Europa... Destroza el continente, distribuye los pueblos, erige tronos para toda su familia, consume diez generaciones de la Francia para hacer una suerte real á cada uno de los hijos ó á cada una de las hijas de su madre. Su fama, que aumenta sin cesar de esplendor y de ruido, da á la Francia y á la Europa ese vértigo de gloria que le oculta la inmoralidad ó el abismo de semejante reinado. Ha creado el impulso, se le sigue hasta el delirio de la campaña de Rusia... ¿Qué condujo al emperador á Moscow? Aspira á la monarquía universal, es decir, que es hostil á todos los tronos y á todas las nacionalidades. ¿A qué condujo su política? "Hacer de la Francia la enemiga irreconciliable del género humano; ¡este es el fruto del genio del emperador! ¡Genio del egoísmo que se convierte en el genio de la ruina!"

¡Hé ahí aquel á quien sus adoradores llaman el salvador de la humanidad, el Mesías! "¡Un hombre en vez de una revolución! ¡Un hombre en vez de una patria! ¡Un hombre en vez de una nación!... Nada después de él, nada más que un nombre, y ese nombre no significa nada para la humanidad más que él mismo. ¡Hombre de ruido que goce de su gloria! ¡Que su nombre resuene á través de los siglos! Pero que ese ruido no pervierta la posteridad y no falsee el juicio del pueblo! Ese hombre, una de las más vastas creaciones de Dios, se ha interpuesto en el camino de las revoluciones y de las mejoras del espíritu humano, como para contener las ideas y hacer retroceder camino á las verdades. El tiempo lo ha franqueado; las ideas y las verdades han vuelto á tomar su curso... ¡Grande por la acción, pequeño por la idea, nulo por la virtud; hé ahí al hombre!" (1).

V

Después de la apoteosis, las gemonías. No nos asociamos ni al sacrilegio que diviniza á un hombre, ni á la reacción que transforma al semidiós en Satanás. Pascal dice que el hombre no es ni ángel ni demonio; ¿serían los grandes hombres una excepción á una regla que no es más que la fórmula de la imperfección humana? Si fuera así, su gran-

deza sería una maldición. Eso no es, porque eso no puede ser. Si Napoleón es "una de las más vastas creaciones de Dios," es preciso que haya tenido una misión que esté en relación con su genio. Es decir, que el emperador debe significar para la historia otra cosa que un nombre. Pero ese nombre, por grande que sea, no debe deslumbrarnos hasta el punto de cegarnos respecto á los defectos del hombre y sus crímenes. Sucede con la responsabilidad de los héroes como con su misión: aumenta en razón misma de las altas facultades que Dios les ha dado.

Los adoradores de Napoleón dicen que fué el órgano, el heredero, el ejecutor testamentario de la Revolución; sus detractores dicen que fué el enemigo y el destructor de ella. ¿Acaso unos y otros no tendrían razón? ¿Acaso el emperador no habría sido á la vez revolucionario y contrarrevolucionario? Que haya, si no inaugurado, á lo menos continuado en Francia la contrarrevolución, eso nos parece evidente. Sí, "el reinado de Napoleón ha sido la gran retractación de la Revolución por sí misma," (1). "El emperador ha tomado el contrapíe de las ideas que habían hecho la revolución del 89, y ha querido rehacer lo que había destruido," (2). Hay un hecho que prueba altamente esa tendencia contrarrevolucionaria; no pertenece al imperio, data del consulado. Los católicos celebran el concordato como el acto más glorioso de Napoleón. Ciertamente, no se dirá que los católicos son los representantes del 89; si aplauden el restablecimiento de los altares, es porque era una obra de restauración política tanto como religiosa; reanudaba la alianza del trono y del altar, lo cual era la esencia del antiguo régimen. Pero los católicos se hacían una ilusión singular creyendo que la Iglesia se aprovecharía de la contrarrevolución. Si el primer cónsul restableció al clero, es porque esperaba que la Iglesia secundaría su ambición, y el catecismo imperial prueba que no se había engañado en sus cálculos. Napoleón decía al consejo de Estado: "Con mis prefectos, mis gendarmes y mis curas, haré todo lo que yo quiera," (3). Este es el

(1) Palabras de VILLEMEN, *La literatura en Francia en tiempo de la Restauración* (*Revue des Deux Mondes*, 1854).

(2) NETTEMENT, *Historia de la Revolución de 1789*, t. II, página 576.

(3) Con este mismo espíritu, Fouché, ministro de policía, escribía á los obispos: "Hay más relación de lo que se cree entre vuestras funciones y las mías." — LAFAYETTE, *Memorias*, tomo V, p. 183.

(1) LAMARTINE, *Historia de la Restauración*, lib. IX, § 84-49.

verdadero pensamiento del concordato, y ese es el pensamiento de todo el régimen imperial.

La libertad, tal como hoy la comprendemos, no fué nunca del gusto de Napoleón; debe decirse más, era incapaz de comprenderla. *Hacer todo lo que él quería*, hé ahí su régimen. ¿Quiere esto decir que no haya tenido más ambición que su egoísmo, ó que haya cifrado toda su gloria en destruir la Revolución, en destruir la república, en destruir la libertad, para levantar sobre todas esas ruinas el edificio de su grandeza personal? Si fué contrarrevolucionario, la Francia lo era también, y lo era antes de su advenimiento. ¿Debe recordarse que los golpes de Estado son anteriores al 18 brumario, que la representación nacional fué mutilada, que el voto de la nación fué destruido por los convencionales que se sentaban en el Directorio? Si se hubiese dejado á la nación libre, se hubiese llegado á una contrarrevolución hecha por los legitimistas y los curas. ¿Es que la contrarrevolución en manos de Luis XVIII, es que el antiguo régimen resucitado hubiesen valido más que el consulado y el imperio? Si, Napoleón se dió por misión el contener la Revolución; pero al hacerlo, era el órgano de la voluntad nacional. Hay que decir más: tal era el curso natural necesario de las cosas. La revolución del 89, en su marcha precipitada, había traspasado con exceso las necesidades de la nación; una reacción era, pues, inevitable. Hemos señalado el acto que contiene la contrarrevolución en esencia, el concordato; pues bien, el concordato, que irritó á los verdaderos revolucionarios, respondía á los votos de la Francia. ¿Qué digo! La Francia traspasó el concordato, estuvo muy cerca de hacerse ultramontana. ¿Quién la contuvo en esta pendiente? Napoleón.

Napoleón no es, pues, la contrarrevolución personificada. Moderó, por el contrario, el movimiento reaccionario, y en este sentido, se unió á la Revolución. Fué también, bajo otros conceptos, el verdadero órgano de la Francia revolucionaria. Los hombres del 89 no separaban la libertad de la igualdad; les hemos hecho esa justicia (1). Pero los constituyentes eran filósofos; en cuanto á la nación, no veía en la declaración de los derechos del hombre más que una cosa, la abolición de los abusos feudales,

la igualdad civil y política; la libertad no le interesaba mucho, ó la confundía con la soberanía. En este sentido, es muy cierto que Napoleón fué el heredero de la Revolución: él, subteniente del 90, fué coronado emperador por el papa, y distribuyó coronas á sus hermanos. Lamartine dice que restableció un nuevo feudalismo. Sí, pero todo labriego llevaba en su mochila de granadero el bastón de mariscal, y, por consiguiente, de duque y de príncipe, y hasta de rey. Hé ahí una nobleza revolucionaria que era muy del gusto de una nación vana, aficionada á las distinciones y á los títulos, con tal que todos puedan aspirar á ellos.

No conocemos aún más que la mitad de la misión que la Providencia dió al héroe del siglo XIX. Fué la espada de la Revolución, y llenó ese papel como bajo la inspiración de Dios, que le empujó siempre adelante, hasta que el grande ejército hubo visitado todas las capitales de la Europa. No pretendemos que el emperador se dedicase á esta obra de propaganda con la conciencia reflexiva y con la abnegación que sus admiradores le suponen. Eso sería volver á caer en la apoteosis; pero también es cierto que no olvidó nunca que era el jefe de la nación que había hecho la revolución del 89.

Existen, pues, contradicciones en esta gran figura; pero ¿no son el hombre y la historia un tejido de contradicciones? Cuando se ve al emperador destruir lo que le queda á la Francia de libertad, se inclina uno á maldecirle, diciendo con Chateaubriand que se ha hecho culpable hacia el género humano (1). Pero ¿puede decirse que despojó á la nación de una libertad que ya no existía? ¿No le dió de lleno la única libertad que amaba, la libertad democrática? Cuando se le ve derramar friamente la sangre inocente, cuando se le ve inmolar millones de víctimas para satisfacer una insaciable ambición, está uno tentado de decir con Jefferson "que éste careció del sentido moral, que era un monstruo contra el cual hubieran debido armarse todos los brazos, y que la Europa coligada hizo bien en encadenarlo, como se hace con un león ó con un tigre," (2). No lo excusaremos invocando la admiración que la humanidad dedica á los grandes conquistadores, aunque estén mancha-

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultratumba*.

(2) JEFFERSON, *Misceláneas políticas y filosóficas*, traducidas por Cousell, t. II, p. 357 y sig. (*Lettre à Jhon Adams*, del 25 de Febrero de 1823.)

(1) Véase mi *Estudio sobre la Revolución* (parte décimatercera de los *Estudios sobre la historia de la humanidad*).

dos de sangre humana: la gloria unida á las hazañas militares es una preocupación contra la cual protesta la conciencia moderna. Pero ¿es cierto que Napoleón no fué más que un soldado afortunado? Por lo menos deberá tenerse en cuenta lo que ha hecho como uno de los elegidos de Dios, que la Providencia colma con sus favores: no que se le deba honrarlos con lo que Dios ha hecho por él y á pesar de él; pero los grandes hombres no son, como se dice, instrumentos pasivos; si no tienen conciencia entera de su misión, tienen el instinto, y son grandes en tanto que cooperan á los designios de Dios. Por esto la humanidad les prodiga su agradecimiento y les dedica un culto. Esto no nos impedirá el señalar los errores, el condenar las faltas y el vituperar los crímenes.

§ II. — Napoleón reaccionario.

I

Napoleón se proclamó en Santa Elena defensor de la libertad. Era la época en que se verificaba la reacción en Grecia y en toda Europa contra los principios del 89; el emperador no clamaba inútilmente sobre la ineficacia de estas vanas tentativas: "Si á la contrarrevolución, decía él, la dejáis marchar, ella llegará á ahogarse inevitablemente en la Revolución. Basta al presente la atmósfera de las nuevas ideas para matar los viejos feudalismos, porque nadie podrá en adelante destruir ni borrar los grandes principios de nuestra Revolución. Estas grandes y bellas verdades deben vivir eternamente, pues ellas van unidas á nuestra ilustración, monumentos y prodigios; *nosotros hemos borrado sus primeras manchas en ríos de gloria; ¡ellas serán siempre inmortales!* ¡¡¡Salidas de la tribuna francesa, cimentadas con la sangre de las batallas, adornadas por los lauros de la victoria, saludadas por las aclamaciones de los pueblos, no se eclipsarán nunca!!! Viven en la Gran Bretaña, iluminan á la América, están connaturalizadas en Francia; hé ahí el tripode de donde brotará la luz del mundo. Ellas le regirán, serán como la fe, la religión, la moral de todos los pueblos, y esta era memorable, digase lo que se quiera, irá unida á mi persona; porque, después de todo, yo he hecho brillar la luz, he consagrado los principios, y hoy día la persecución concluye por hacer de mí un Mesías. Amigos y

enemigos, todos me llamarán el primer soldado, el gran representante, (1).

No se puede hablar con más entusiasmo de la libertad; recomendamos estas palabras ardientes á los partidarios del pasado, á los católicos. Ellos verán ahí cuál es la religión de la unidad moderna, cuál es la fe á la cual Napoleón cautivo tuvo que prestar homenaje, la religión del siglo XVIII, la fe del 89. Los defensores del antiguo régimen dicen con alguna razón que los principios del 89 son una cosa muy vaga, y que es necesario antes que todo precisar lo que se entiende por libertad. Ya lo hemos dicho en nuestros estudios sobre la Revolución. Hay una falsa idea de la libertad que la confunde con el ejercicio del poder soberano: es la idea de los antiguos, es la idea que domina en Francia. El pueblo soberano se cree libre, y entonces es cuando delega su soberanía en un César. En este orden de cosas, se comprende que Napoleón haya podido de buena fe llamarse el Mesías de las ideas liberales. Pero si por libertad se entiende la individualidad humana y los derechos que á ella pertenecen, es evidente que el emperador no supo ser su representante. Conocemos ya su teoría sobre la libertad política (2). Él solo es el órgano de la nación; en cuanto á las asambleas legislativas, Senado, Cuerpo legislativo, Tribunal, los coloca en el mismo lugar que el Consejo de Estado, y los denomina *autoridades constituidas*, ruedas de una máquina de que él solo es dueño. Comprende tan mal el régimen de la libertad constitucional, que dice: "En Inglaterra, nada más natural que la oposición, porque el rey tiene un interés distinto del del pueblo; pero en un país donde el poder ejecutivo es nombrado por la nación, como en Francia, es oponerse al pueblo combatir á su representante," (3). Si él es el único que á la nación representa, ¿á qué vienen esos fantasmas de asambleas legislativas que votan como una máquina las leyes que el emperador les presenta? No había más que uno que discutiera, que hablara. Napoleón comenzó por destruir el Tribunal, pues le abolió; tan antipático le era el régimen de la libre discusión.

El emperador nació déspota, pero tenía una ex-

(1) LAS CASAS, *Memorial de Santa Elena*, t. III, p. 32, edición en 12.º

(2) Véase la parte décimatercera de mis *Estudios*.

(3) STAEL (madama de), *Diez años de destierro*, c. VII.